

## Notas para leer Tormenta de verano

**Autor:** Fernández Morales, Juan José (Doctor en Filología Hispánica, Profesor de Lengua Castellana y Literatura en Educación Secundaria).

**Público:** Bachillerato de Humanidades. **Materia:** Lengua Castellana y Literatura. **Idioma:** Español.

**Título:** Notas para leer Tormenta de verano.

### Resumen

Este artículo aporta una lectura crítica de Tormenta de verano, conocida como la novela de La dulce vida española, y analiza el realismo crítico y el objetivismo de los años cincuenta, prestando especial atención a dos obras emblemáticas de Juan García Hortelano: Nuevas amistades (1959) y Tormenta de verano (1961). Asimismo, comenta la recuperación de la voz del narrador en primera persona a partir de la novela Tiempo de silencio (1962) de Luis Martín Santos, que otros autores continúan en los años sesenta y que García Hortelano culmina en El gran momento de Mary Tribune (1972).

**Palabras clave:** novela, narrador, realismo, crítico, behaviorismo.

**Title:** Notes to read Summer Storm.

### Abstract

This article provides a critical reading of Summer Storm, known as the La dulce vida Spanish novel, and analyzes the critical realism and objectivism of the 1950s, paying special attention to two emblematic works by Juan García Hortelano: New Friendships (1959) And Summer Storm (1961). He also comments on the recovery of the voice of the narrator in the first person from the novel Tiempo de silencio (1962) by Luis Martín Santos, which other authors continue in the sixties and that García Hortelano culminates in The Great Moment of Mary Tribune (1972).

**Keywords:** Novel, narrator, realism, critic, behaviorism.

Recibido 2017-06-03; Aceptado 2017-06-14; Publicado 2017-07-25; Código PD: 085007

Para Jesús Serrano, mi profesor de Literatura en el Instituto Antigua Sexi

*y ni siquiera la oía, cuando entraba por la noche o de madrugada. Las vacaciones ideales*

JUAN GARCÍA HORTELANO,  
*El gran momento de Mary Tribune*

Las lecturas de la adolescencia y de la juventud marcaron nuestra vida. Lecturas aconsejadas por nuestros maestros. Maestros que ya no se encuentran entre nosotros, pero que continúan y que seguirán siempre en nuestra memoria hasta el final del camino; porque cambiaron nuestra vida y nos enseñaron a leer los textos con <<otra mirada>>, a seguir adelante en la encrucijada y a no tirar la toalla. Ha llovido mucho. Lo sé. Pero, ahora, que no están entre nosotros, tenemos la obligación de recordarlos y de contar cómo nos enseñaron a leer en aquellos años. Se lo debemos.

Entre esas novelas imprescindibles, que nos aconsejaron y que leímos, se encuentran *El Jarama* (Premio Nadal y de la Crítica, 1956), de Rafael Sánchez Ferlosio, *Nuevas amistades* (Premio Biblioteca Breve, 1959) y *Tormenta de verano* (Premio Formentor, 1961), de Juan García Hortelano (1991: 14). En el caso de esta última, conocida como la novela de *La dulce vida* española por la similitud que presenta con la película de Federico Fellini, el objetivismo o *behaviorismo* a ultranza alcanza la perfección; pero la novela inserta un componente más, es decir, mezcla el objetivismo cinematográfico de *La dulce vida* (1960) de Fellini, que se alzó con la Palma de Oro en el festival de cine de Cannes, con la crítica social, como ha puesto de relieve Juan Carlos Rodríguez (1986: 44). Algo que no se da en la novela europea de los años cincuenta y que sólo se encuentra en la novela española, fundamentalmente en los textos de Sánchez Ferlosio y de García Hortelano, los escritores que producen la simbiosis de objetivismo y de crítica social con mayor precisión (Alborg, 1958: 328).

En *Tormenta de verano*, esa mezcla de objetivismo y de crítica social aparece contundente, como un trallazo, desde el comienzo, porque la crítica social salpica el objetivismo cinematográfico de la primera escena en la playa: <<En principio,

lo peor fue que la muchacha, además de muerta, apareciese desnuda en la playa. De los niños nadie se preocupó, a pesar de haber sido ellos quienes descubrieron el cadáver» (García Hortelano, 1985: 5). Es decir, para la moral hipócrita y mojigata de la burguesía madrileña, adepta, sustentadora y legitimadora del régimen franquista, que veranea en una colonia llamada <<Velas blancas>> de la costa levantina, lo peor no es la muerte de la chica, sino que sus hijos la vieran desnuda. García Hortelano <<retrata>> a esa burguesía veraneante por medio del diálogo. Una burguesía que controla los cuatro poderes (ejecutivo, legislativo, judicial y los medios de comunicación) y que obstaculiza, con estos poderes a su servicio, la investigación del asesinato de la joven en la playa para que se le dé la menor publicidad posible y los veraneantes no se vean comprometidos:

«El juez le dijo a Emilio que se daría la menor publicidad posible al asunto. Por el turismo, ¿comprendes? –Vi a Rafael, que avanzaba por el sendero de grava–. Posiblemente, la prensa de Madrid y de Barcelona traerá sólo las cuatro líneas del diario regional de hoy» (pág. 5).

En este siglo se ha comenzado a hablar también de un quinto poder, aplicado a dos fenómenos completamente distintos: por un lado, a la intervención económica del Gobierno en el mercado; y por otro, a los movimientos sociales promovidos en Internet. La lucha por este quinto poder aún está en el aire.

El realismo objetivo de *Tormenta de verano* graba, con precisión milimétrica y minuciosidad cinematográfica, los gestos, las conversaciones y los comportamientos de la colonia de veraneantes (Castellet, 1959: 48). Unos veraneantes que no han cambiando mucho, o nada para ser más exactos, durante los últimos cuarenta o cincuenta años, ni siquiera en este *lapsus lingue* de Javier, el protagonista objetivo de la novela:

«Elena se levantó de un salto, amenazó con despeinar a Amadeo y entró en casa, cantando en voz alta, con una entonación deliberadamente teatral.

–Y esta tarde tendremos también tormenta.

–Vente a jugar una partida –propuso Amadeo–. Como estaremos viudos, será posible beber tranquilamente unos whiskys, mientras se piensan los movimientos.

–Estoy fatigado y voy a dormir –me puse en pie–. A la derecha, digo, a la noche, nos veremos.

–Sí, de acuerdo» (García Hortelano, 1985: 34).

Cuando Javier, el protagonista cinematográfico de la novela, dice <<a la derecha>>, en lugar de <<a la noche>>, se produce ese *lapsus lingue* <<comprensible>>. A cualquier residente de la colonia le podía pasar, porque <<a la derecha>> es siempre el camino a seguir en sus vidas y <<la noche>>, la parte del día donde mejor se desenvuelven los veraneantes de la colonia; mientras que para los lugareños del pueblo costero, pescadores y pequeños propietarios de bares, de arcos de pesca y de tiendas de comestibles, <<la noche>> significa unas horas de descanso para enfrentarse con el trabajo al despuntar el alba; y, por si fuera poco, con un asesinato en la playa que no puede involucrar a los veraneantes, a sus <<clientes>>, que dejan el dinero suficiente en sus pequeños negocios para mantenerse a flote el resto del año. Unos negocios que también proporcionan trabajo a unos empleados que sólo cuentan con su mano de obra barata, porque los turistas son, y siguen siendo, a fin de cuentas, los sostenedores de la economía de la mayoría de los pueblos costeros en la época estival y el resto del año. Asimismo, estos turistas son, por sus influencias, los que pueden proporcionarles a los habitantes propietarios de los pequeños negocios de esos pueblos costeros una buena recomendación para que mejoren su situación económica; porque conocen y controlan los entresijos del poder a todos los niveles (político, económico e ideológico):

«–Bien, bien. Si usted conociese a alguien en el Ministerio... Se lo explicaremos con más calma. Bueno, en fin, que vuelva usted pronto –se levantó de la silla–. Ya sabe, que no tiene más que hacer el pedido con Rafael y en el mismo día se lo sirvo.

–Gracias, Raimundo. Se verá eso del ministerio. Siempre habrá algún amigo» (pág. 43).

Esta pequeña burguesía <<trepas>> y sumisa pide, como vemos, favores a los <<grandes enchufados>>, a la burguesía veraneante (Corrales Egea, 1971: 91). Evidentemente, para los empleados de esa pequeña burguesía no hay nada. Sólo el sueldo mal remunerado de esos meses de verano. Por otra parte, a los residentes de la colonia también les interesa <<estar a bien>> con los lugareños propietarios, porque necesitan su servicio: sus aparejos para la pesca, sus barcos limpios y cuidados, sus lugares cómplices de ocio y de esparcimiento fuera de la colonia y de la mirada indiscreta de sus mujeres, sus coches maqueados, sus jardines cuidados, sus casas limpias y las carreteras en buen estado para escapar cuando les venga en gana; por esto, y no por otra cosa, los turistas mueven los hilos para favorecer a los pequeños propietarios de la costa en la medida de lo posible; pero, eso sí, no demasiado. Podría ser contraproducente. Las mujeres de la colonia, que son las encargadas de las tareas domésticas (todavía no se habían insertado en el <<mundo empresarial>> ni en la política como en la actualidad), son conscientes de la necesidad de mantener una buena relación con los autóctonos propietarios y, previsoras, se lo hacen saber a sus maridos:

«—Y también, que alguna vez tendrás que recibir a ese pobre hombre, amigo de Leoncio.

— ¿Quién?

—Ha venido tres o cuatro veces. Y aquí tenemos que estar a bien con ellos, porque les necesitamos. El día menos pensado nos quedamos sin servicio. Y entonces verás lo que es bueno » (García Hortelano, 1985: 83).

En *Tormenta de verano*, el narrador protagonista limitado recoge, como una cámara de cine, la información a su alcance: voces, gestos y movimientos. Este conductismo o *behaviorismo* busca, a decir de Juan Cano Ballesta, <<una impresión de veracidad y de ofrecer un testimonio convincente>> (García Hortelano, 1991: 19). No hay más. Incluso se suprimen, como indica Sanz Villanueva, <<las referencias sobre quién pronuncia los sucesivos parlamentos>> (1980a: 202). Es el objetivismo a ultranza llevado a su máxima expresión de la colonia de veraneantes y de los lugareños del pueblo costero.

En la colonia burguesa todo está pactado de antemano. Es una repetición de otros veranos (playa, niños, mujeres, aperitivos, almuerzos, cafés, copas, cenas y amantes). En este contexto, Javier, el protagonista objetivo, <<quiere más>>. No se encuentra satisfecho, quizá por hastío. Decide cambiar de vida y se busca una querida fuera de la colonia, de su clase social, donde ya tenía una:

«—Se está bien en tu casa, Angus,

— ¿Quieres ver las otras habitaciones?

—Y ¿la chica?

—No vuelve hasta mañana.

—Me alegro » (García Hortelano, 1985: 94).

Angus es la nueva querida que se ha buscado Javier en el pueblo, aunque el protagonista es colectivo en *Tormenta de Verano*, como en todas las novelas objetivistas y realistas sociales. Recordemos, sólo como muestra: *La noria* de Luis Romero, cuyo protagonista es la ciudad de Barcelona; *El Jarama* de Sánchez Ferlosio, que tiene como protagonista a la pequeña burguesía madrileña que va a bañarse al río; o la primera novela de García Hortelano, *Nuevas amistades*, que presenta como personaje colectivo a la joven burguesía madrileña. En el caso de *Tormenta de verano*, el personaje colectivo es la burguesía madura de una colonia de veraneantes. Una colonia donde se produce la desertión de Javier, su miembro más destacado, a pesar de contar con todo, incluso, como hemos indicado más arriba, con una querida en la colonia, Elena, a la que no olvida, ni, como buen vecino, a la chica muerta en la playa por los problemas que la investigación pueda ocasionarles:

«La casa quedó en silencio. Acabé la copa. Cuando Rufi atravesó el jardín, llamé por teléfono a Rafael para encargarle que buscara al día siguiente los últimos números de *El caso*. Después, telefoneé a Elena » (pág. 125).

El personaje tampoco se olvida de refrescarse la garganta a lo largo de la novela, como el protagonista de García Hortelano en *El gran momento de Mary Tribune*, ni, por supuesto, dada su situación social privilegiada, de ayudar a los pobres, como burgués pudiente y comprometido con su pueblo de veraneo; porque quiere sentirse integrado en sus días de asueto y es un <<hombre de bien y buen cristiano>>; pero lo más importante es que desea, <<por si fuera poco>>, ayudar a los pobres, a la clase dominada. Una clase social que depende económicamente de los veraneantes, de la alta burguesía a la que él pertenece, para mantenerse todo el año:

«El sol ponía transparente el vino de la frasca. Me levanté. Los hombres dieron unos pasos fuera del sombrero.

–Si usted quiere ver su barca...

–Gracias, Juan.

–Pues quédese a comer– ofreció Vicente.

–No, he de volver a casa –comenzamos a andar hacia la furgoneta–. No olvido su asunto, Vicente. Cuando haya algo, le avisaré.

–Muchas gracias, señor don Javier. Que la virgen le premie todo lo que hace por nosotros, los pobres» (pág. 194).

Javier, el personaje disidente, ambiciona algo distinto, más auténtico, algo que, intuye, se está perdiendo. Para eso necesita alejarse de la colonia, de la burguesía a la pertenece por nacimiento e ideología. Una burguesía con la luchó en el campo de batalla en el treinta y seis y con la que, después de la victoria en el treinta y nueve, ha procreado para el futuro, ha asistido a sus fiestas, se ha echado queridas y se ha enriqueciendo a la sombra del régimen franquista. El realismo objetivo de *Tormenta de verano* es impecable y este parlamento, en concreto, no tiene desperdicio, porque resume veinte años de nuestra historia:

« –Lo de estos veinte años ha estado bien, de acuerdo. Hicimos la guerra, la ganamos y nos pusimos a cuadruplicar el dinero que tenían nuestras familias antes del treinta y seis. Pero basta ya. Cuadruplicando dinero, teniendo hijos, yendo a cenas y a fiestas, echándome queridas y aguantado idiotas para conseguir permisos de importación o contratos del ochenta por ciento, he perdido de vista otras cosas» (pág. 198).

*Tormenta de verano*, como dijimos más arriba, combina el realismo objetivo con la crítica social. Una crítica social impregnada de ironía hasta la médula, como en este fragmento, cuando Javier, el personaje que filma, comenta, mordaz, sin ambages, la forma de vestir de Elena, su querida y mujer de un amigo suyo en la colonia. El fragmento <<retrata>> a los veraneantes <<modernos>> de aquellos años duros y oscuros, pero <<plateados>> para ellos:

«Elena, que salió del jardín, se sentó en el bordillo junto a Marta. Iba en shorts y con unos zapatos sin talón, plateados, de prostituta barata» (pág. 208).

Obviamente, cuando el protagonista cinematográfico de la novela decide poner tierra de por medio con el grupo, con la burguesía veraneante, y largarse con una querida <<proletaria>>, se produce el enfrentamiento abierto y sin medias tintas, fundamentalmente con Elena, la querida que tiene en la colonia; porque se ha atrevido a romper las reglas de juego mantenidas entre ellos. Unas reglas de juego basadas en la hipocresía, la mentira, la promiscuidad y el silencio; pero en las que los dos creían y se sentían, como el resto de la colonia, seguros hasta que él decide romperlas y buscar un camino diferente con una querida en el pueblo. Con esto no contaba la colonia, porque sus miembros lo consideraban el principal

valedor del grupo por su <<hombría>> en los negocios y, fundamentalmente, por sus méritos en defensa de unos <<valores>> establecidos durante veinte años. La cita es larga, pero merece la pena:

«–Tu maldita imaginación popular. ¡No quiero nada! ¿Cómo puedes convivir con tales gentes? Tú, una persona tan normal, tan seria, tan inteligente. Y con tu valor y la seguridad en ti mismo, que siempre te han hecho triunfar y que...

–Requiescant in pace. Ahora vivo con una puta. Y oye, Elena –crucé los brazos sobre la mesa y engarfié los dedos en los bíceps– no vuelvas a llamarla zorra o perdida. Que no te lo consiento.

–Javier... Perdona, hijo. Ya veo que es difícil...

–Muy difícil.

– ¡Déjame hablar!

–Muy difícil. Tú lo sabes bien, porque me conoces. Me sobra voluntad para eso y para más. Y lo voy a hacer. Voy a librarme de vuestras pamemas y vuestras falsedades. Para vivir honradamente. Y puedes gritarlo así esta misma noche en mi casa y en todas las casas de la colonia.

–Bueno... Anda, pídemme un whisky, por favor. Espero que seas muy feliz con ella toda la vida. ¿No es eso, lo que se dice en estos casos?

Me eché atrás en la silla, acabé el whisky y, cuando nuevamente me apoyé en la mesa, logré un tono de voz, que me tranquilizó instantáneamente » (pág. 224).

Cuando Javier rompe con la colonia y se despide de Elena, la distancia marcada parece que no deja resquicios para una vuelta atrás, para regresar a la mentira, a la vacuidad, a la hipocresía, a una clase social que detesta, con todo lo que representa, y a la que considera enemiga en esos momentos de <<calentamiento>>. Una clase social burguesa escenificada en Elena, su amante durante tantos años de veraneo y de <<inviernos duros>> en la capital, aunque los <<muslos>>, insinuados, siempre dejan un hueco para la esperanza, para la reconciliación, para regresar, a fin de cuentas, al redil, a pesar de sus palabras cargadas de ironía que parecen una despedida definitiva:

«Elena daba unos pasos cortos y rápidos, sobre sus altos tacones. Abrió la portezuela. Al sentarse, le vi los muslos.

–Has olvidado tu paquete.

–Ahora lo recogeré. Debes –comencé a empujar la portezuela– regresar al hogar, Elena. Seguro que te has pasado la tarde fuera, sin tener en cuenta tu honra –la portezuela se enquistó en la carrocería con un chasquido–. Adiós.

Atravesé los haces de los faros encendidos, moviendo una mano sobre el hombro. Al poco, sonó el ruido del motor » (pág. 225).

Javier piensa en sus dos amantes, Angus y Elena, distintas, y en su mujer también, por supuesto. Es la madre de sus hijos. Pero sobre todo recuerda el dormitorio de Angus <<lleno de sol>>, de <<algo nuevo>>, de una vida diferente que no ha tenido. Al mismo tiempo, rememora, porque lo quiere <<todo>> desde su inconsciente ideológico burgués, <<el refrescante contacto de la piel de Elena>>. Con estas preocupaciones <<trascendentales>>, flota, además, en su cabeza el asesinato no resuelto de la chica en la playa. Un asesinato que inculpa, como no puede ser de otra manera, a sus nuevas amistades, a los lugareños del pueblo; porque los veraneantes de la colonia tienen, a la sombra del poder siempre, las espaldas bien cubiertas, y el crimen sólo lo ha podido cometer uno de los trabajadores del pueblo costero (<<esa gentuza>> dice el texto por boca de una de las residentes de <<Velas blancas>>), o, en su defecto, alguno de los pequeños propietarios con los que Javier ahora se identifica y defiende en su intento de ruptura con la colonia:

«Pensaba en Angus, en el dormitorio lleno de sol, y sentía el mechero, el refrescante contacto de la piel de Elena, su perfume, mientras Andrés y el inspector caminaban hacia la cerca de piedra y, en la misma dirección, Luisa atravesaba diagonalmente el césped. Me costó girar la cabeza y moverla en un sentido negativo.

–Sí, Javier, ha tenido que ser esa gentuza. Y vete a saber lo se habrán inventado para quitarse ellos su responsabilidad» (pág. 233).

Al final, Javier, el personaje que ha puesto en jaque los valores de la burguesía enriquecida a la sombra del franquismo, se cansa de enfrentarse a <<su colonia>> durante esos días de verano. Recapacita, regresa al redil, a su clase social, y todo vuelve a su cauce: la <<tormenta de verano>> pasa y se vislumbra un invierno plácido y cargado de las mismas <<aventuras>> y expectativas de siempre en Madrid:

«– ¿Falta mucho para el invierno? –pregunté inconscientemente. Las carcajadas me hicieron abrir los ojos» (pág. 251).

En otras ocasiones las <<tormentas de verano>> se prolongan y producen estragos y rupturas, pero no era el <<caso>>. El personaje tenía las espaldas bien cubiertas y todo al alcance de la mano. No había necesidad de luchar por algo en lo que no creía. Todo seguía en orden y controlado..., y lo sigue estando, como <<vomita>> el personaje al final de la novela:

« El vidrio del vaso estaba frío, como una caricia. Aquella terca nostalgia se deshizo después del primer trago. A fin de cuentas, Angus no era más que una prostituta, a quien encontraría siempre que desease en Madrid. Al invierno. Tras el segundo trago, me di cuenta de que era ginebra» (pág. 251).

Efectivamente, <<a fin de cuentas>>, no había necesidad de prolongar la <<tormenta de verano>>, porque pronto llegaría el invierno; además, si le apetecía en cualquier momento, siempre podría encontrar a Angus en Madrid (<<no era más que una prostituta>>), seguir con Elena, su amante de la colonia, y, al mismo tiempo, mantener su matrimonio. Una jugada perfecta, porque tenía todas las cartas en la mano y la <<tormenta de verano>> termina; sin embargo, la novela de *La dulce vida* española deja, de forma magistral, al descubierto los intersticios del capitalismo franquista cuando Javier, el protagonista <<limitado>>, le dice a Elena, su amante en la colonia, a la que también le había propuesto una <<huida>> en su intento de ruptura, estas palabras lapidarias, <<cargadas de razón burguesa>>:

«–Hiciste perfectamente en no abandonar a tu marido por mí, Elena. Tú, Elena, sabes cómo es la vida, cómo hay que vivir, incluso cuando yo lo he olvidado. Regresé, porque si no estoy con los míos, ¿con quién voy a estar? Y me gusta estar con los míos, créeme. Sobre todo ahora, que no me considero el padre salvador del mundo –terminé, riendo» (pág. 254).

En 1962, Luis Martín Santos había marcado el nuevo camino del realismo con *Tiempo de silencio*. García Hortelano publica, después de diez años de silencio y de trabajo, *El gran momento de Mary Tribune* (1972) con un narrador también en primera persona (Sanz Villanueva, 1980b: 545). En esta novela, García Hortelano abandona el realismo objetivo de sus dos obras anteriores (*Nuevas amistades* y *Tormenta de verano*), pero la crítica social persiste y ahonda, como una bala incrustada de forma sutil en el costado; porque la lucha de clases continúa a nivel político, económico e ideológico (García, 2012: 343). Posteriormente, aparecen *Los vaqueros en el pozo* (1979) y *Gramática parda* (Premio de la Crítica, 1982). Asimismo, publica una serie de relatos: *Gente de Madrid* (1967), *Apólogos y Milesios* (1975), *Cuentos completos* (1979), *Preparativos de boda* (1986), *Mucho cuento* (1987) y *Los archivos secretos* (1988) (García Hortelano, 1991:14-15).

*El gran momento de Mary Tribune* es una novela que tiene, como sus dos obras anteriores (*Nuevas amistades* y *Tormenta de verano*), a la burguesía como protagonista, pero está construida de manera diferente. García Hortelano recupera la voz del narrador en primera persona con un personaje que conoce a una chica extranjera de la que <<pasa>>, porque lo único que le preocupa, a lo largo de toda la novela, es beber analgésicos efervescentes y esgrimir una ironía inteligente que bordea el cinismo. Desde la lectura de esta novela, hace casi treinta años, siempre me ha perseguido el momento cuando el personaje de García Hortelano se adentra en un barrio donde habitan los creadores de plusvalía para tomarse unos analgésicos efervescentes. Tenía que recordarlo. Y lo he rememorado en mi novela negra *Al tantear la costa*, cuando el protagonista, un detective privado, descreído y marcado por la derrota en este caso, recurre, aunque

habitualmente prefiere una cerveza en algún bar proletario, al analgésico efervescente: <<y me miró a los ojos, desnudándose lentamente; desvié la mirada y me refugié en el analgésico efervescente>> (Fernández, 2016: 154).

Los perdedores de las afueras siempre recordaremos, como no puede ser de otra manera, *El gran momento de Mary Tribune*, por su crítica social, su lucidez y su autenticidad; pero los turistas, que han estado de vacaciones en Roma o en cualquier otro lugar, también deberían leer y recordar esta novela; porque el personaje de García Hortelano pasó allí unas vacaciones inolvidables con Mary Tribune, la chica extranjera, y lo mejor de esas vacaciones se resume en la cita del comienzo: <<y ni siquiera la oía, cuando entraba por la noche o de madrugada. Las vacaciones ideales>> (García Hortelano, 1975: 216). Un personaje impagable, que también deberían tener en cuenta los que sueñan con regresar a casa.

### Bibliografía

- ALBORG, Juan Luis (1958), *Hora actual de la novela española*, Madrid, Taurus.
- CASTELLET, José M<sup>a</sup> (1959), *La hora del lector*, Barcelona, Seix Barral.
- CORRALES EGEA, José (1971), *La novela española actual*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.
- FERNÁNDEZ MORALES, Juan José (2016), *Al tantear la costa*, Salamanca, Amarante.
- GARCÍA, Miguel Ángel (2012), *La literatura y sus demonios. Leer la poesía social*, Madrid, Castalia.
- GARCÍA HORTELANO, Juan (1975), *El gran momento de Mary Tribune*, Barcelona, Barral Editores, 3<sup>a</sup> ed.
- \_\_\_\_\_, (1985), *Tormenta de verano*, Barcelona, Seix Barral.
- \_\_\_\_\_, (1991), *Nuevas amistades*, ed. Juan Cano Ballesta, Madrid, Taurus.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos (1986), <<Los caballeros de Olmedo: Rafael Sánchez Ferlosio y Juan García Hortelano (Notas sobre el objetivismo español de los años 50)>>, en <<Palabras para un tiempo de silencio. La poesía y la novela de la generación del 50>>, *Olvidos de Granada*, 13, págs. 41-49.
- SANZ VILLANUEVA, Santos (1980a), *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Madrid, Alhambra, V. I.
- \_\_\_\_\_, (1980b), *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Madrid, Alhambra, V. II.